

CAPÍTULO XIX

ALEDAÑOS DE LA INMORTALIDAD

En 1842, don Alejandro Aguado murió repentinamente en Asturias. Abierto su testamento, súpose que el general San Martín había sido nombrado albacea de la sucesión y tutor de los hijos del fallecido. También correspondió al general un legado importante de su amigo. Todo esto vino a mejorar materialmente. Pero, como no fuera el gusto por los viajes (algunos de ellos en busca de estaciones termales), gusto que pudo satisfacer en su nueva y más holgada posición, la vida austera de Grand Bourg no se modificó. Vicuña Mackenna, que visitó a los esposos Balcarce, en Francia, poco después de la muerte del prócer y que recogió sobre él tanto testimonio directo, nos ha dejado muchos recuerdos de su vida en Grand Bourg, que damos en extracto:

“Se levantaba con el alba. Poníase a la ligera una bata de tela y él mismo se preparaba su bebida matinal. ¡Cosa extraña! Siendo argentino, el general no hacía uso del mate en Europa, mas por una ingeniosa transacción con sus viejos hábitos se servía el té o el café en aquel utensilio y lo bebía con una bombilla de caña. Los cigarros habanos fueron la primera transición y en seguida picaba el tabaco de éstos en una tabla para envolverlo en la chala u hoja de maíz, o para absorber el humo en una pipa. De estas últimas poseía un considerable surtido. Y así, con frecuencia, en aquellas horas de forzado ocio, poníase a limpiar con la prolijidad de un asistente, aquellos objetos. Esto llamaba él alegremente *trapichear*. En otras ocasiones ocupábase en pequeñas obras de carpintería o en iluminar fotografías, especialmente marinas, afición que había ganado en los cruceros de su juventud. Guardaba también un choco (perro) de aguas que le habían regalado en Guayaquil y al que pasaba horas enseñando pruebas de paciencia o agilidad. Consistía una en fusilarlo con su bastón después de haberle condenado como desertor, agudezas que el animal ejecutaba a maravillas siendo el favorito de la casa, hasta que murió de vejez.

“San Martín cuidaba también, como recluta, de su modesto guardarropa, y a ese fin tenía siempre sobre su mesa una caja de madera que había servido de estuche a una edición microscópica de clásicos franceses, en la que guardaba su hijo, sus agujas y sus botones. Cuando su hija quería intervenir alegando las prerrogativas de su dedal, ‘Quita allá –decíale dulcemente el austero soldado–, ¿porqué quieres arrancarme mis buenos hábitos?’. En el vestir, una levita de paño azul, abotonada, constituía todo su lujo. Su corbata era, cuando no el corbatín de crin del soldado, un pañuelo de algodón a cuadros. Ello no obstante, conservaba el uniforme de Granaderos a caballo con que cruzó los Andes. Su deslumbrador uniforme de Protector del Perú yacía también en un rincón del armario. Mucho mejor que esos trapos conservaba con recelosa veneración el estandarte de Pizarro, su único espolio por un reino redimido. Después que el general terminaba su trapicheo matinal, montaba a caballo y era aquel su ejercicio predilecto. En la ciudad prefería pasear a pie por los suburbios de París.

“La gran ocupación de San Martín era, empero, la lectura y sus libros favoritos pertenecían a la escuela filosófica del siglo XVIII, en cuyas ideas se había formado, o a los escritores militares de la era de Napoleón. San Martín, que tan intensos goces sabía encontrar en la lectura, detestaba escribir. Escribía, sin embargo, con una letra franca y decidida como su voluntad y no decía absolutamente más de lo necesario. Aun los boletines de su gloria son lacónicos como la respuesta de Leónidas. –‘Son las cinco de la tarde y hemos ganado completamente la acción’: he aquí toda la extensión sino las palabras exactas del parte oficial de Maipo.

“San Martín, como ser físico, poseía una figura arrogante, altiva y en todo militar. Había nacido soldado y murió soldado. Alto, moreno, levantado de pecho, rígido como un sable, su espesa cabellera negra caía, aun en su edad madura, en enérgicas guedejas sobre su frente atezada. En su vejez peinaba sus canas cortadas militarmente con la llaneza del cuartel. Su nariz era aguileña, su barba saliente, su boca enérgica, si bien en sus últimos años un espeso bigote, completamente cano, disimulaba la languidez de sus pliegues. Su vida entera parecía concentrarse en los ojos, de un negro brillante y sombrío. La mirada terrible del general San Martín ha quedado en Chile como una especie de leyenda; pero en nuestro juicio había en la severidad de su semblante más estrategia que pasión. No obstante su marcial hermosura, San Martín aborrecía los retratos. Los que le vieran, cuando niños, atravesar la plaza de Santiago con su sable corvo bajo del brazo, su sombrero de hule en la cabeza y sus botas granaderas hasta las rodillas, lo recuerdan con la viveza de una aparición. De su vejez se cuenta también una anécdota curiosa. Habiendo dejado olvidado su pañuelo en el restaurante de campo de Enghien, a cuatro leguas de París, entró algunos años más tarde a un café de las barreras de esta ciudad y fue grande su sorpresa al notar que la mujer del *comptoir* venía a presentarle su perdida y ya olvidada prenda. La buena huésped no sabía su nombre ni quién era, pero no había podido olvidar la mirada del ‘hombre del pañuelo’.

“Con las mujeres era San Martín atento sin ser amable, insinuante sin ser emprendedor. El general en jefe del ejército de los Andes dejó a sus fascinadores capitanes y a sus irresistibles ministros, como Monteagudo y García del Río, el triste privilegio de todas las fragilidades que se llaman triunfos en las sociedades sin virtudes y sin matronas. Verdad es que en Lima no fue el Protector constantemente un Escipión; pero nunca toleró el escándalo de Bolívar, cuya Libertadora se veía siempre montada a dos haces entre sus ayudantes.

“Rara vez hablaba de sus batallas en Chile. Pero confesaba sin embozo que en Cancha Rayada lo creyó todo perdido. En cambio aseguraba que había ido al campo de Maipo con la fe del triunfo dentro de su pecho porque jamás había visto mayor grandeza moral que la que ostentó Santiago en aquellos memorables días. Por eso sólo, calificaba a los chilenos de un gran pueblo. Del único émulo fuerte que le cupo encontrar en su camino (Bolívar), conservaba San Martín un recuerdo más bien desagradable. Sin embargo, admiraba su genio y su grandiosa contribución a la independencia de América, en cuyas lides ambos colosos encontraban una mágica confraternidad que los reconciliaba. San Martín conservó siempre consigo la miniatura adornada de diamantes que el Libertador le había obsequiado en Guayaquil y a la cual, con la jactanciosa coquetería de los hijos del Trópico, había añadido una guedeja de sus cabellos.”

Por estos años (1843) conoció a San Martín, Juan Bautista Alberdi. Primero lo vio en París, después en su residencia de Grand Bourg. Alberdi se encontraba un día en casa de don Manuel

J. de Guerrico, cuando el dueño de casa, prevenido por un mucamo, exclamó: – ¡El general San Martín! Púsose Alberdi de pie “para ver la gran celebridad americana que tanto deseaba conocer”. “Mis ojos clavados en la puerta por donde debía entrar –nos dice– esperaban con impaciencia el momento de su aparición. Entró, por fin, con su sombrero en la mano, con la modestia y apocamiento de un hombre común. ¡Qué diferente lo hallé del tipo que yo me había formado, oyendo las descripciones hiperbólicas que me habían hecho de él sus admiradores en América! Por ejemplo: Yo lo esperaba más alto y no es sino un poco más alto que los hombres de mediana estatura. Yo lo creía un indio, como tantas veces me lo habían pintado, y no es más que un hombre de color moreno, de los temperamentos biliosos. Yo creía que su aspecto y porte debían tener algo de grave y solemne, pero lo hallé vivo y fácil en sus ademanes, y su marcha, aunque grave, desnuda de todo viso de afectación. Me llamó la atención su metal de voz, notablemente gruesa y varonil. Habla sin la menor afectación, con toda la llaneza de un hombre común. Al ver el modo cómo se considera él mismo, se diría que este hombre no hubiera hecho nada de notable en el mundo, porque parece que él es el primero en creerlo así.

“Estaba vestido con sencillez y propiedad: corbata negra atada con negligencia, chaleco de seda negra, levita del mismo color, pantalón mezcla celeste, zapatos grandes. Cuando se paró para despedirse, acepté y cerré con mis dos manos la derecha del grande hombre que había hecho vibrar la espada libertadora de Chile y el Perú.”

Alberdi fue invitado días después por Mariano Balcarce a pasar un día en la casa de Grand Bourg y he aquí cómo nos describe la casa y sus moradores: “La casa del general San Martín está circundada de calles estériles y tristes que forman los muros de las heredades vecinas. Se compone de un área de terreno, igual, con poca diferencia, a una cuadra cuadrada nuestra. El edificio es de un solo cuerpo y dos pisos altos. Sus paredes, blanqueadas con esmero, contrastan con el negro de la pizarra que cubre el techo de forma irregular. Una hermosa acacia blanca da su sombra al alegre patio de la habitación. El terreno que forma el resto de la posesión está cultivado con esmero y gusto exquisito; no hay un punto en que no se alce una planta estimable o un árbol frutal. Dalias de mil colores, con una profusión extraordinaria, llenan de alegría aquel recinto delicioso. Todo en el interior de la casa respira orden, conveniencia y buen tono. La digna hija del general San Martín, la señora de Balcarce, cuya fisonomía recuerda con mucha vivacidad a la del padre, es la que ha sabido dar a la distribución doméstica de aquella casa en buen tono que distingue su esmerada educación. El general ocupa las habitaciones altas que miran al norte. He visitado su gabinete, lleno de la sencillez y método de un filósofo. Allí, en un ángulo de la habitación, descansaba impasible, colgada al muro, la gloriosa espada que cambió un día la faz de la América occidental... Vista la espada, se venía naturalmente el deseo de conocer el trofeo con ella conquistado. Tuve pues el gusto de examinar muy despacio el famoso estandarte de Pizarro, que el Cabildo de Lima regaló al general San Martín. El general habla de la América en sus conversaciones íntimas con el más animado placer; hombres, sucesos, escenas públicas y personales, todo lo recuerda con admirable exactitud”. Florencio Varela lo visitó también en Grand Bourg, en 1844. “Está viejo pero fuerte –dice–, tiene ahora sesenta y cinco años”. Le refirió el general varias anécdotas que Varela reproduce. “Padece con frecuencia violentos ataques nerviosos y suele tener arranques de mal humor, en que aborrece toda sociedad, aun la de los suyos; pero la prudencia y el amor de *sus hijos*, como él los llama, hacen que esas nubes jamás produzcan

una tormenta. Tiene delirio con las nietitas, cuya única maestra es la madre, joven perfectamente educada y capaz, que sueña con Buenos Aires y se esfuerza en que sus hijitas no olviden el nombre de esa patria ni la lengua nacional. Ella les enseña las primeras letras, inglés, dibujo, música y demás cosas propias del sexo. Hoy, durante la comida, el general me habló de Buenos Aires.”

En 1845, un nuevo conflicto, producido años antes (1842) entre Rosas y los gobiernos de Francia e Inglaterra fue objeto de comentarios en Europa porque estos países habían enviado sus escuadras al Río de la Plata y se esperaba que este hecho trajera como consecuencia la caída del dictador. Pero Rosas resistió enérgicamente y las dos naciones entonces más poderosas del mundo resignáronse a firmar tratados, en verdad muy honrosos para la Confederación Argentina.

San Martín estuvo, desde un principio, en este nuevo conflicto junto al dictador de Buenos Aires. Le envió su adhesión, y el diario *The Morning Chronicle*, de Londres, publicó una carta suya dirigida desde Nápoles, donde se hallaba, al cónsul Dickson, en la que (prescindiendo de toda política) consideraba imposible que Francia e Inglaterra pudieran conquistar el territorio argentino. “El bloqueo –le decía– sólo afectará a un corto número de propietarios, pero a la masa del pueblo, que no conoce las necesidades de estos países, le será indiferente su continuación.” A Rosas le escribe para decirle que ya está débil y enfermo para combatir, pero que, asimismo, sus servicios podrían demostrar “que en la injustísima agresión y abuso de la fuerza de la Inglaterra y Francia contra nuestro país, éste tenía a un viejo defensor de su honra y de su independencia”.

Por eso no es de extrañar que en su mensaje anual, Rosas dijera: “El general San Martín ha consagrado a la causa de la patria y de la América, documentos inmortales. El gobierno se ha complacido altamente por esta demostración elevada de tan ilustre héroe argentino...”.

En 1846, llegó también a Grand Bourg Domingo Faustino Sarmiento, emigrado argentino, quizás el enemigo más ilustre de Rosas. “A una legua de Melville, no lejos del Sena –escribió– vive olvidado don José de San Martín.” Un hombre que era honrado por los gobiernos de Argentina, Chile y Perú, visitado por todos los americanos que podían llegar hasta él, a punto de que su amigo el señor Pinto, de Santiago, le decía: “Mi hijo debe cumplir con la obligación que incumbe a todo chileno de besar la mano de quien nos dio patria”, un hombre así, no podía considerarse “un hombre olvidado”. La crónica de Sarmiento, muy conocida, sobre su visita a San Martín, no es generosa y su visión del prócer muy empañada por la pasión política.

Pero en el Instituto Histórico de Francia dijo hermosas palabras, muy argentinas y muy dignas de su talento: “Los americanos que gozan de alguna posición social en las secciones de la parte del sur, luego de haber llegado a París y satisfecho la curiosidad que excita a la gran ciudad, toman el camino de hierro de Corbeil y, descendiendo en la estación de Ris, siguen los márgenes del Sena desde Puente Aguado hasta no lejos del olmo que según la tradición plantaron los soldados de Enrique IV que sitiaban a París; y llegan a un recodo desde donde se aparta una estrecha y tortuosa callejuela que se interna en las tierras. Grand Bourg se llama el lugar de aquella romería: jardines cultivados con toda la gracia del arte europeo rodean una sencilla habitación y entre las veredas flanqueadas de dalias y rosas, que la vista descubre en el estío, preséntase aquí y allí plantas americanas que el viajero saluda complacido como a

conocidos compatriotas que encuentra establecidos en Europa. El monumento que los americanos solicitan ver allí es un anciano de elevada estatura, facciones prominentes y caracterizadas, mirar penetrante y vivo, en despecho de los años, y maneras francas y afables. La residencia del general San Martín en Grand Bourg es un acto solemne de la América del Sur, la continuación de un sacrificio que principió en 1822 y que se perpetúa aún como aquellos votos con que los caballeros o los ascetas de otros tiempos, ligaban toda su existencia al cumplimiento de un deber penoso". En ese mismo año 1846, el peruano don Juan Manuel Iturregui lo encontró en París. Su salud declinaba notablemente. "En los doce años –dice– que habíamos dejado de vernos, se había extenuado y acabado de una manera extraordinaria, tanto, que, dudando que yo pudiese conocerlo y para descubrir si sería así en efecto, se me presentó silenciosamente esperando que yo le hablase antes de saludarme. Sus circunstancias pecuniarias habían mejorado por entonces considerablemente y vivía en consecuencia con algunas más comodidades, resultando exclusivamente este cambio del valioso legado que le había dejado su antiguo compañero de armas el famoso banquero de París, señor Aguado. Ésta fue la última vez que tuve la satisfacción de ver al más ilustrado, desprendido y heroico general San Martín. El estado de su salud me hizo temer entonces que el término de su vida no podía ser lejano."

Así llegó el año 1848, y con él la revolución que produjo en Francia la caída del rey Luis Felipe y del régimen inaugurado en 1830. Ese mismo año fue instaurada la Segunda República.

Graves disturbios y desórdenes de toda especie acompañaron, en París y sus alrededores, a esta revolución, que no fue solamente política sino social y conmovió todos los espíritus. El general San Martín, que se encontraba en París porque tenía también casa en esa ciudad, se sintió impresionado, y no agradablemente, con aquellos sucesos. Su vejez, necesitada de paz y sosiego, y hecha ya a las dulzuras de un hogar en que concentraba los afectos de sus hijos y nietos, sintió la zozobra del naufragio. Pero no sin conservar una perfecta lucidez mental que le permitió definir con notable perspicacia la situación de Europa.

La revolución estalló en febrero de 1848, y Mariano Balcarce escribió a su amigo Alberdi en marzo de ese año: "La suerte ha querido que sea testigo de sucesos grandiosos e inesperados, que nos tienen a todos como quien ve visiones; en menos de tres días ha desaparecido la monarquía de julio y se ha instalado sobre sus ruinas la República Francesa, como se impondrá usted por los diarios que tengo el gusto de remitirle por este paquete, y por otros que le dirigiré por el primer buque que salga del Havre.

Aun cuando actualmente goza este país de tranquilidad aparente, los ánimos están muy agitados y el porvenir se presenta bajo colores muy sombríos; en estas circunstancias, hemos creído prudente alejarnos provisoriamente de este teatro y ver venir los sucesos a distancia. Mañana salimos para Boulogne-sur-Mer y quizá pasaremos a Inglaterra. Siento decir a usted que mi padre político sigue bastante enfermo y amenazado de perder la vista pues se le han formado cataratas en los dos ojos y será preciso hacerle la operación dentro de algunos meses. Usted calculará el disgusto en que esto nos tiene y lo terrible de mi situación si desgraciadamente se realizan mis temores".

En ese mismo mes de marzo ya vivía la familia en Boulogne-sur-Mer y poco después ocupaba un piso en casa de propiedad del señor Alfredo Gerard, abogado y director de la Biblioteca de

Boulogne-sur-Mer, casa que aún se conserva y es propiedad del gobierno argentino. La salud del general decaía cada vez más. Estaba casi ciego. Pero no olvidado por los países de América que le debían su existencia. “El traslado de San Martín de París a Boulogne-sur-Mer –dice el historiador Otero– coincidió con el momento preciso en que los jefes de tres Estados americanos, libertados por él, le escribían con insistencia llamándolo y al unísono brindándole su hospitalidad. En Chile lo era el presidente Bulnes; en la República Argentina el general Rosas y en el Perú el general Ramón Castilla.”

El general Ramón Castilla decretó el pago de todos los sueldos atrasados del general San Martín y le escribió dignísimas cartas que halagaron íntimamente al anciano. Y asimismo, con qué vigor mental dicta el general sus largas cartas al presidente Castilla: “A la edad avanzada de setenta y un años –le dice–, una salud enteramente arruinada y casi ciego, con la enfermedad de cataratas, esperaba aunque contra todos mis deseos terminar en este país una vida achacosa; pero los sucesos ocurridos, desde febrero, han puesto en problema dónde iré a dejar mis huesos, aunque por mí personalmente no trepidaría permanecer en este país pero no puedo exponer mi familia a las vicisitudes y consecuencias de la revolución. Será para mí una satisfacción entablar con usted una correspondencia seguida; pero mi falta de vista me obliga a servirme de mano ajena, lo que me contraría infinito, pues, acostumbrado toda mi vida a escribir por mí mismo mi correspondencia particular, me cuesta un trabajo y dificultad increíble el dictar una carta por la falta de costumbre; así espero que usted dispensará la incorrección que encuentre... Un millón de gracias por sus francos ofrecimientos; yo los creo tanto más sinceros cuanto son hechos a un hombre que por su edad y achaques, es una entera nulidad; yo los acepto para una sola cosa, a saber, rogar a usted que los alcances que resultan de los ajustes de mi pensión, hechos por esas oficinas puedan, si es de justicia, ser reconocidos por el Estado pero con la precisa circunstancia que nada será satisfecho hasta después de mi fallecimiento, en que mis hijos encuentren este cuerpo de reserva para su existencia”.

Castilla le dice en noviembre de 1848: “Todas las liquidaciones de las oficinas de Hacienda, hechas de la asignación que tiene usted señalada en el tesoro peruano, han sido mandadas reconocer, en el acto, como deuda nacional y, si alguna hubiese pendiente, dispondré se haga lo mismo para cumplir los deseos que sobre esto me manifiesta.

Desde que mando el país, ha recibido el apoderado de usted, cada mes, de mano del habilitado de la inspección general, su haber, que no dudo habrá remitido a usted”. Y llevando a extremos su delicadeza, agrega Castilla: “A fin de evitar a usted la especie de mortificación que le ha causado no poderme escribir de su puño, me valgo ahora de otra mano y le ruego que no deje de dirigirme sus cartas con frecuencia, porque esto lo mirará como un servicio distinguido, su muy decidido amigo y servidor”.

Soplaba buen viento para el anciano, pero ya sus males físicos acrecían de continuo. Apenas si encontraba consuelo en los afectos de la familia y sobre todo en sus nietas. “El viejo guerrero de los Andes había concentrado sus postreras alegrías en aquellas niñas –dice Vicuña Mackenna–. A parte alguna de la ciudad iba sin ellas. En sus paseos de la tarde, ellas le servían de guía y él, a su vez, de protección. El abuelo achacoso y las nietas tenían celebrado un tácito contrato de mutuo amor y de tiernos servicios retribuidos. Así, ambas le habían bordado un gorro de casa que él usaba con orgullo, dejándose llamar ‘cosaco’ por aquellas malvadas... que

eran para su alma un solo ídolo dividido en dos existencias, y en pago del regalo, el viejo capitán cubría de besos sus sueltas cabelleras. Hábiales también puesto a ambas, en represalias de su apodo, afectuosos sobrenombres... A la menor, que es la que sobrevive, y es hoy la señora de Gutiérrez Estrada, llamábala sólo por su infantil cautela, la 'viejita', y solía decirle: 'Tú no morirás de cornada de toro'."

"Su hermanita no tuvo igual presagio y murió por la traición de un remedio. Tal es la existencia del general San Martín en sus postrimeros años: un poco de sol, el ancho mar y sus dos radiosas nietas en las que había vuelto a encontrar sus ojos, ya apagados. En cuanto a su hija y a su esposo, ellos eran solamente dos intermediarios entre aquellas sombras y esas alegrías..."

Todavía desde Boulogne-sur-Mer, salió en algunos viajes para buscar alivio a sus males. Félix Frías lo vio en Enghien, cerca de París, en 1850, el año de su muerte. "En algunas conversaciones que tuve con él –dice Frías– en Enghien, cuyas aguas le habían recetado los médicos, pude notar, un mes antes de su muerte, que su inteligencia superior no había declinado. Vi en ella el sello de buen sentido que es para mí el signo inequívoco de una cabeza bien organizada. Hablaba con entusiasmo de la prodigiosa naturaleza de Tucumán y de las otras provincias argentinas..."

Pero, restituido a Boulogne, se anunció el paso final y el viaje del que nadie vuelve... "El 13 de agosto –dice Vicuña Mackenna– sus dolores aumentaron con insólita violencia. Sintióse muy atormentado y sin atreverse a quejarse en presencia de su hija, le dijo sólo, con una apagada sonrisa, estas palabras impregnadas de una poética melancolía: *C'est l'orage qui méne au port...*"

Había ya tomado sus últimas disposiciones y formalizado su testamento, desde 1844. Lo que más puede interesarnos en él son aquellas cláusulas que tienen relación con sus miras de patriota. La que expresa su deseo de que su corazón sea depositado en Buenos Aires (y no en Santiago de Chile ni en Lima, capitales de países libertados por él y que mucho amó) y la relativa a su sable de Libertador que debía ser entregado al general Juan Manuel de Rosas por la satisfacción que él, San Martín, tuvo "*como argentino*, por la firmeza con que aquel general sostuvo el *honor de la República* contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla". Este testamento revela que el general San Martín, fundador de naciones y libertador de parte de la América del Sur, actuó siempre como argentino en su acción americana y que no sólo no declinó jamás ese honor (para ser más americano que argentino como algunos lo han pretendido) sino que lo puso de manifiesto en las dos únicas cláusulas de su testamento que hacen relación a su patria y a su vida pública.

"El día 17 –cuenta Félix Frías, que llegó a Boulogne el 18– el general se levantó sereno y con las fuerzas suficientes para pasar a la habitación de su hija donde pidió que le leyeran los diarios. Hizo poner rapé en su caja para convidar al médico que debía venir más tarde y tomó algún alimento. Nada anunciaba en su semblante ni en sus palabras el próximo fin de su existencia. El médico le había aconsejado que trajera a su lado una hermana de caridad. El señor Balcarce salió en la mañana del mismo día a hacer esa diligencia, acompañado por don Javier Rosales, a quien comunicó las esperanzas que abrigaba en el restablecimiento del general y su proyecto de hacerlo viajar; tan lejos estaba de prever la desgracia que lo amenazaba, y tanta confianza le inspiraba el estado de su padre en este día y los anteriores. El señor Rosales procuró disipar

esas ilusiones que podían hacer más sensible el golpe que él consideraba inmediato, y sus tristes predicciones no tardaron, por desgracia, en realizarse. Después de las dos de la tarde, el general se sintió atacado por sus agudos dolores nerviosos al estómago. El doctor Jardón, su médico y sus hijos estaban a su lado. El primero no se alarmó y dijo que aquel ataque pasaría como los precedentes. En efecto, los dolores calmaron, pero, repentinamente, el general, que había pasado al lecho de su hija, hizo un movimiento convulsivo, indicando al señor Balcarce con palabras entrecortadas que la alejara, y expiró casi sin agonía. Es más fácil comprender que explicar la aflicción de sus hijos en presencia de esa muerte tan súbita e inesperada.”

“En la mañana del 18 –escribió el mismo Frías– tuve la dolorosa satisfacción de contemplar (en su lecho) los restos inanimados de este hombre, cuya vida está escrita en páginas tan brillantes de la historia americana. Su rostro conservaba los rasgos pronunciados de su carácter severo y respetable. Un crucifijo estaba colocado sobre su pecho, otro en una mesa entre dos velas que ardían al lado del lecho de muerte. Dos hermanas de caridad rezaban por el descanso del alma que abrigó aquel cadáver. Bajé en seguida a una pieza inferior, dominado por los sentimientos religiosos que se levantan en el corazón del hombre más incrédulo al aspecto de la muerte. Un reloj de cuadro negro, colgado en la pared, marcaba las horas con un sonido lúgubre, como el de las campanas de la agonía, y este reloj se paró aquella noche en las tres, hora en que había expirado el general San Martín. ¡Singular coincidencia!... El reloj de bolsillo se detuvo también en aquella última hora de su existencia.

“Al día siguiente 19, al tiempo de colocar en el féretro los restos mortales del ilustre difunto, la caja de la guardia nacional resonaba casualmente en frente de la casa mortuoria; como si fuera homenaje militar tributado al guerrero que hizo resonar por vez primera en las altas cimas de los Andes los clarines y tambores marciales que acompañaron en Chile, el Perú y el Ecuador al estandarte victorioso de la independencia americana.”

“El carácter de San Martín –dice Mitre– es uno de aquellos que se imponen a la historia. Su acción se prolonga en el tiempo y su influencia se tramite a su posteridad como hombre de acción consciente. El germen de una idea por él incubada, que brota de las entrañas de la tierra nativa, se deposita en su alma y es el campeón de esa idea. Como general de la hegemonía argentina primero, y de la chileno-argentina después, es el heraldo de los principios fundamentales que han dado su constitución internacional a la América, cohesión a sus partes componentes y equilibrio a sus estados independientes. Con todas sus deficiencias, es el hombre de acción deliberada y trascendental más bien equilibrada que haya producido la revolución sudamericana. Fiel a la máxima que regló su vida, fue lo que debía ser y antes que se lo que no debía prefirió no ser nada. Por eso vivirá en la inmortalidad”.

AGENDA DE LECTURAS

Las relaciones de San Martín con Aguado están estudiadas ampliamente en la obra de Otero. La vida y hábitos de San Martín en Grand-Bourg fueron relatados por su hija y por Mariano Balcarce a Benjamín Vicuña Mackenna en Europa, poco después de muerto el general. Los relatos de Alberdi, Varela, Sarmiento y otros se hallarán en el libro *San Martín visto por sus contemporáneos*. La carta de Balcarce a Alberdi sobre la revolución del 48 y el traslado de San

Martín a Boulogne, en Otero, *op. cit.* Sobre el testamento de San Martín, Otero nos ofrece muy abundante información. Las cartas entre Castilla y San Martín, en *San Martín: Su correspondencia*. El relato de Félix Frías, completo, puede leerse en *San Martín visto por sus contemporáneos*.

José Luis Busaniche. *San Martín vivo*. Cap. XIX. pp. 225-240. 2ª Ed. Buenos Aires: Emecé, 2000.